

Picón Salas en la Fundación

de la Facultad de Filosofía y Letras

Manuel Caballero

Era normal que el nombre de Mariano Picón Salas apareciese cuando se conmemoraba el medio siglo de la Facultad que él fundó como de “Filosofía y Letras”. Pero hay mucho más que eso; porque ese acto fundacional no fue, para quien entonces ya era “Don Mariano”, un simple trámite administrativo, ni su dirección el producto, como había sido el caso tantas veces en nuestra historia, de una simpatía política que generalmente era una forma apenas más elegante de designar la rastrera obsecuencia ante el poder.

Cuando se den las condiciones para introducir en la estructura curricular universitaria las humanidades concentradas en una facultad, la escogencia de su dirección debía recaer necesariamente en Mariano Picón Salas. Es necesario explicar qué se quiere decir con esa frase “cuando se den las condiciones” que tanto se asemeja a una generalidad. Pero explicar por qué en la mente de todos estuvo primero que ninguno el nombre de Mariano Picón Salas cuando se pensó en escoger el fundador de nuestra Facultad, puede ayudar a entender aquello.

Porque fue su simple presencia –queremos decir su inteligencia de las cosas y su talento creador, amén de su entrenamiento intelectual– una de esas condiciones. Cuando apenas acaba de dejar la adolescencia –indigestado de lecturas, como lo demostró aquella impresionante cantidad de autores que solía citar en sus escritos y discursos antes de cumplir los veinte años– Picón Salas se va de Chile. Aunque ya es un joven capaz de rumiar y asimilar sus hartazgos literarios, su cultura es todavía acaso demasiado libresca.

Los años que pase en aquel “pequeño país frío”, le sirven para darse cuenta de que, así como el aire venezolano que había respirado hasta entonces era mayormente humo sacrificial frente al sarcófago del Gran Guerrero (y casi nada más, salvo el inevitable incienso frente a sus epígonos) el aire de Chile era distinto. Porque era el de una isla rodeada por todas partes de la presencia de otro venezolano, de un humanista que jamás había empuñado una espada, del fundador de su universidad y el redentor de su constitución y de sus códigos.

De un hombre, en síntesis que ejerció el papel de un gran ministro de la cultura, de una... “especie de ministro sin Cartera durante treinta y cinco años de historia chilena”; de ese otro libertador, casi un héroe cultural –en el sentido antropológico del término– para los chilenos. Andrés Bello, quien, constata el admirativo joven desterrado, fijó con aquellas tres obras de su talento y de su tesón...” las condiciones normativas que requiere una sociedad para vivir en ecuaníme convivencia, para pensar bien, para fijar las fronteras jurídicas y morales del individuo y del Estado”.

El joven con la cabeza llena de libros que había llegado a Chile, lo dijo tal cual en los años treinta, venía huyendo de un destino que le parecía inexorable si permanecía en su tierra bajo el signo de los hombres fuertes: o una bohemia oscilante entre la improvisación y el alcohol, o la prostitución de su talento como redactor de ampulosos discursos conmemorativos salpicados de alabanzas al hegemón de turno; o, no siempre en contradicción con las dos posibilidades anteriores, la cárcel, la terrible Rotunda de los muertos vivientes. El recuerdo de la pavorosa realidad de la que había escapado, el contraste con la vida entre un pueblo y un país que honraba de tal manera a unos de sus compatriotas y no por la razón de sangre sino por razón de inteligencia, estimularon en Picón Salas una fecunda reflexión.

Ella comenzó por el abandono a sus estudios de Derecho, que con los de Medicina eran únicas ofertas posibles de esa “fabrica de doctores” que era una Universidad Central cuyos catedráticos solían limitarse a repetir, generalmente mal traducidos, los

manuales franceses de esas dos profesiones. Picón Salas optó por una carrera sin ningún prestigio social en su tierra: la Pedagogía. Porque ya ha comenzado a comprender que su lucha sería inútil si era un combate en solitario.

Cuando regrese a su país en un momento de transición entre la dictadura y la democracia, ya ha aprendido a analizar y también a detestar lo que se considera el problema de la cultura en los países de América Latina (de los cuales, por cierto, no incluye, al menos expresamente, a Chile), “donde la cultura ha sido como una masa informe de noticias venidas de todas partes y no sometidas a una disciplina o sistema coherente”. Y en tales condiciones, remata Don Mariano con su habitual agudeza crítica, “... una cultura de impresiones y retazos no soldados y flotantes en nuestra realidad histórica, extravía más que dirige al alma venezolana, en la búsqueda y comprensión de sus propios fines”.

Pero no basta con la lucidez de un hombre, por mucho que todos lo reconozcan su principalidad; y ni siquiera que haya encontrado a su regreso un ambiente intelectual (incluyendo el político) más denso, más nutrido humanamente y sobre todo más promisor que el que había dejado al marcharse en los años veinte. El ya tenía claro, y lo expreso en el mismo texto que acabamos de citar, que el de la educación y más generalmente el de la ampliación de los horizontes culturales de la nación era un problema primera y fundamentalmente político.

Pero le resultaba entonces obvio que todavía era demasiado poderoso en Venezuela lo que el mismo llamaba... “el candoroso e infantil temor que algunos sienten contra la palabra “política”, confundiéndola con las trapacerías que en nuestro país se disfrazaron bajo tal nombre”. No será casual que cuando esa palabra deje de ser aborrecida o escondida, se dará lo que llamábamos antes “las condiciones” para su mayor aporte acaso a la cultura venezolana: la fundación de la Facultad de filosofía Letras en la Universidad Central de Venezuela.

Lo cual nos lleva a 1946, lo cual nos lleva a la historia de esta Facultad y de este país. Entre el momento en que Picón Salas expresó aquellas ideas y el momento en que funda la Facultad de filosofía y Letras transcurre un lustro y una transformación de la sociedad venezolana como no se había conocido nunca antes.

Como ese quinquenio se remata con una revolución política, la del 18 de octubre, es comprensible que haya quien atribuya a este suceso aquella transformación; mientras que la opinión contraria piensa que eso se habría dado de todas maneras y que el brusco cambio en la esfera del poder desvió y corrompió una evolución ineluctable.

Por supuesto, no es este el momento ni el lugar para zanjar esa disputa, ni siquiera para intervenir en ella. Pero hay un hecho incontrovertible; a partir de entonces, y por mucho tiempo, la palabra política dejará de tener esas connotaciones sulfurosas; y lo dejará de tener para la mayoría de los venezolanos. Porque será de manos de la política, por medio de la ampliación del sufragio universal, que nuestro país entrará en lo que ha sido la característica bienaventurada o maligna del siglo veinte; que nuestro país ingresará en la sociedad de masas. Y, más importante aún por mucho que las primeras mayorías aplastantes hagan pensar en lo contrario, esas masas no serán convocadas —o no se dejarán arrastrar— al gregarismo borreguil, sino a la discusión y el disenso. Dicho en otros términos, que a trancas y barrancas las más de las veces, ellas harán el duro aprendizaje de la democracia.

Es en ese ambiente que va a crearse nuestra Facultad de Filosofía y Letras, que más tarde tomará el nombre con que hoy se le conoce.